den, en efecto, bajar á tierra, pasear por la ciudad y visitar el *Hoe*, desde el cual se disfruta de una magnífica vista sobre el puerto, ó variar la carta de la comida yendo á comer en un hotel.

Como quiera que fuese, se recomendó que no durmiésemos en tierra, que volviésemos al buque por la noche y que pusiéramos atención en el viento, pues inmediatamente que éste cambiase saltando al norte, no perderíamos un momento para hacernos á la mar. Se nos dijo, además, que, en la partida de todos los buques, hay pasajeros que por su negligencia ó por sus chicoleos en la ciudad, se quedan en tierra. Yo determiné, por lo tanto, quedarme en el buque.

Después de tres días de enojosa espera, al fin el viento cambió de dirección; el ancla fué izada al grito de *Jo! heave ho!* y en pocas horas, favorecidos por ligera brisa, estuvimos mar adentro, y las rocas obscuras de la vieja Inglaterra se desvanecieron gradualmente á lo lejos.

CAPÍTULO H

NAVEGANDO HACIA EL SUR

Los compañeros de viaje. — La vida á bordo. — Progresos del buque. — Bella travesía hasta la Línea. — Diversiones de á bordo. — Subiendo por el mesana. — Las islas de Cabo Verde. — San Antonio.

3 de Marzo. — Tal como es de suponer sucede á todos los pasajeros que se encuentran juntos á bordo de un buque para hacer un largo viaje, apenas habíamos pasado el faro de Eddystone, cuando comenzamos á informarnos unos de otros. ¿ Quién es ése? ¿ Cuál es su condición? ¿ Por qué viaja? Tales eran las preguntas que interiormente nos hacíamos y que tratábamos de responder.

Encontré varios que, como yo, hacían el viaje por exigencias de la salud. Un largo viaje en buque de vela parece ser la prescripción favorita para las enfermedades de los pulmones, é indudablemente es una honrada prescripción, pues el médico que la da pierde al mismo tiempo el cliente y los honorarios. El caso es que el consejo es saludable, pues que el largo descanso del viaje, la comparativamente uniforme temperatura del aire del mar y probablemente la inme-

jorable cualidad de la atmósfera respirable, son tan favorables á la sana condición de los pulmones como á la de todo el organismo en general.

De los que se habían embarcado en busca de salud, algunos eran jóvenes y otros de media edad. Entre estos últimos había un enfermo dulce y sufrido, que llegó á bordo con una tos seca y profunda. Otro pasajero joven ha tenido un absceso en la garganta y una incipiente afección en los pulmones. Un tercero tenía la fatiga de los negocios, padecía del cerebro y necesitaba un largo reposo. Otro, en fin, experimentó contrariedades amorosas y quería cambiar de sitio y de ocupación.

Pero también había entre los pasajeros algunos llenos de vida y de salud. Dos apuestos jóvenes robustos y decidores, que subieron á bordo en Plymouth, se dirigían á Nueva Zelanda para arrendar una gran extensión de tierra. Me parecieron modelos de lo que debería ser el arrendatario colonial. Otro iba á dar una vuelta por Victoria, á unas 200 millas al norte de Melbourne. Llevaba consigo tres hermosos perros escoceses, que eran objeto de la admiración general.

Venía también á bordo un joven voluntario que había figurado en la revista de Brighton y estaba ahora en camino de ir á reunirse con su padre en Nueva Zelanda, donde se proponía entrar en el ejército colonial. Teníamos asimismo un caballero yanqui que iba á hacerse cargo de su gobierno de la isla de guano de Maldón, en el Pacífico, situada casi al norte de las islas de So-

ciedad, y comprada, según se decía, por una Compañía inglesa.

Algunos viajaban por especulación. Sí encontraban ocasión de hacer fortuna, se establecerían; si no, volverían á casa. Un caballero llevaba consigo una hermosa máquina fotográfica portátil, teniendo el propósito de visitar Nueva Zelanda y Tasmania, como también Australia.

Otros viajaban sin propósito definido. El hombrecillo, por ejemplo, que subió á bordo en Gravesend, con su nutrido guardarropa, se decía que iba á Australia para crecer, pues el clima y la atmósfera de aquel país son reputados por ejercer un benéfico efecto en el crecimiento. Uno me entretuvo con un largo relato para explicarme que abandonaba Inglaterra por causa de su esposa; pero, como era de natural presumido, sospeché que la culpa pudo haber sido de los dos.

Y luego había el Mayor, un caballero militar de aspecto distinguido, que subió en Plymouth acompañado de dos magníficas maletas nuevas. El mismo se apresuró á insinuar que el gran objeto de su misión era levantar un ejército de voluntarios coloniales. Como quiera que sea, tenía las maneras de un caballero. Llevaba muchos años de servicio, pues perdió en Crimea su brazo derecho y estuvo en toda la rebelión de la India con el izquierdo. Era bromista, decidor siempre, un alegre compañero, en una palabra, aunque muy dado á decir cosas que hubiera sido preferible haber callado.

En total, éramos á bordo diez y siete pasajeros de primera, incluyendo la esposa del capitán, única señora que había en el departamento de popa. Había, además, probablemente unos ochenta pasajeros de segunda y tercera en los departamentos de proa.

Aunque el viento era favorable y hacía un tiempo hermoso, la mayor parte de los pasajeros se habían mareado más ó menos; pero al fin, habiéndose acostumbrado al movimiento del buque, fueron saliendo gradualmente de sus camarotes, subieron al puente y tomaron parte en la ordinaria vida de á bordo. Permitidme que os dé una ligera idea de ella.

Hacia las seis de la mañana somos despertados por los marineros que hacen el baldeo de la cubierta, bajo la dirección del oficial de guardia. Dos marineros sacan el agua del mar por medio de una bomba colocada justamente detrás de la rueda. Con ella se llena el tubo hasta que rebosa, corriendo á lo largo de los imbornales de popa, y se derrama sobre el gran puente á través de una cañería. Allí llenan sus baldes los marineros y proceden al baldeo del gran puente. ¡ Pero qué barrido y qué fregado!

Casi es ocioso explicar que el baldeo se hace con una ancha piedra dulce que se emplea con agua para rascar la cubierta sucia de los buques. Se friega el suelo con arena, se aclara con baldes de agua, todo se barre bien, y se seca con tacos de goma.

La popa se conserva siempre muy limpia y

reluciente. Así que abandonamos el puerto, tomó un aspecto mucho mejor. Las tablas empezaban á blanquear en fuerza de baldeo. No se veía ninguna mancha ni señal de grasa. Las cuerdas de popa plegábanse los sábados como en los buques de guerra, y todo estaba en su lugar. Los objetos de latón brillaban como botones dorados.

Mientras los pasajeros se vestían, terminábase la limpieza en el puente y las tablas quedaban secas. Después de media hora de paseo por la popa, sonaba la campana para el almuerzo, y el apetito dependía mucho del estado del tiempo y de la marcha del buque. Entre el almuerzo y el lunch, nuevos paseos en la popa, y si el tiempo estaba hermoso, algunas veces se formaban grupos sobre cubierta, tratando de insinuarse más en el conocimiento de los otros.

Durante los primeros días nos fué algo difícil aprender á andar por el buque. El paseo de algunos, arriba y abajo de popa, á veces era verdaderamente irregular, y en ocasiones terminaba con un desastre. Sin embargo, no eran sólo los pasajeros los que aprendían; en efecto, un día vimos un camarero que llevaba un grueso jamón y bajaba por los escalones de la repostería, cuando de pronto, en un bandazo del buque, le faltó el pie y nuestro hermoso jamón fué á caer en el imbornal de la basura, sucio y perdido.

El lunch era al medio día. Desde aquella hora hasta la de la comida á las cinco, dábamos vueltas por la cubierta como antes, visitábamos los pasajeros enfermos, leíamos en nuestro respec-

tivo camarote, ó bien pasábamos el tiempo conversando, y así se pasaba el día. Después de comer, los pasajeros se reunían en grupos y se hacían sociables. Algunos viejos quedábanse en el salón, deliciosamente iluminado para hacer el whist, en tanto que los jóvenes iban á buscar á los grumetes en su camarote del gran puente, junto á la jaula de los carneros, y allí se divertían mutuamente cantando, animados por el con-

cierto y echando nubes de humo de tabaco.

Los progresos del buque despertaban un interés constante. Era lo primero de que se hablaba por la mañana y lo último que se decía por la noche; y durante todo el día, la dirección del viento, el estado del tiempo y de la atmósfera y el camino que habíamos andado, eran los mejores temas de conversación.

Cuando salimos del puerto, el fresco viento noreste soplaba sobre nuestra banda de babor y hacíamos buenos progresos en el golfo de Vizcaya; pero, lo mismo que muchos de los pasajeros, estaba demasiado embebido en mis asuntos particulares para atender á la marcha de las operaciones náuticas sobre cubierta. Todo lo que sabía era que el viento seguía favorable y que llevábamos una buena marcha. En el cuarto día, vi que estábamos en la latitud del cabo Finisterre y que habíamos andado 168 millas en las últimas veinticuatro horas. Ya en adelante, habiéndome acostumbrado al movimiento del buque, me encontré bastante bien para estar

sobre cubierta temprano y tarde, observando la maniobra de á bordo.

Era una hermosa vista la de aquella nube de velas hinchadas por el viento, desplegándose sobre nuestras cabezas como las alas de un ave gigantesca, en tanto que el buque saltaba por el agua, rechazándola en espuma, hundiendo á veces la proa en sus olas ý arrojándola por los aires convertida en sutil llovizna.

Había siempre algo que admirar en el buque y en el modo como era gobernado: así, por ejemplo, cuando las velas del palo mayor eran arriadas por refrescar el viento, ó bien cuando se izaba una vela de estáy por saltar el viento al este. El plegado de la vela maestra en una noche huracanada, es algo que se recuerda toda la vida: veinticuatro hombres reunidos sobre la gran verga cargan la vela acompañados de la música del viento que silba á través del aparejo. Los marineros cantan alegremente durante la maniobra, ordinariamente á la señal del que ha subido más arriba, ó del que está delante en la cubierta:

Atemos la bolina;
el gallardo buque se desliza;
atemos la bolina,
y todos juntos beberemos ron.

El cable se recoge con un Jol heave hol y una sacudida, hasta que el — ¡Amarra! — que lanza el contramaestre, anuncia que la maniobra ha terminado. Luego hay la escaladura de la tilla cuando el viento vira, y las vergas han de po-

nerse en cruz porque sopla más hacia atrás. Tales son los interesantes espectáculos que se ven á bordo cuando el viento está revuelto en el mar.

El quinto día, el viento siguió soplando atrás. Nuestro avance durante las veinticuatro horas había sido de 172 millas. El termómetro á 58° (1). El capitán tiene la esperanza de hacer una travesía favorable hasta el Cabo. Este es nuestro primer domingo de á bordo y, á las diez y media, la campana llama para el oficio, y los pasajeros de todas las clases se reunen en el salón. La alternativa de estar en pie ó de rodillas durante el oficio es de lo más incómodo, pues los sillones fijos se os clavan en las piernas y el torso se apoya en un ángulo desagradable por los bandazos que da el buque, en exceso repetidos y tremendos.

Cuando fuí al puente por la mañana siguiente, el viento soplaba fuerte del norte, y el buque se deslizaba con rápido andar sobre las aguas. Le daban tanta vela como podía aguantar, y se lanzaba hacia ádelante, dejando atrás una ancha estela de espuma. El capitán manifiesta la mayor alegría por la rapidez con que andamos. « Bonita marcha para la Línea », dice paseando por la popa, sonriente y frotándose las manos, en tanto que los grumetes se hacen lenguas de las condiciones marineras del barco, « que se pasea por el agua como un ser viviente ». A bordo se levantan

Ahora estamos en los 39° 16' de latitud hacia el este de las Azores. El aire es suave y cálido; el cielo está despejado y el mar es de un azul intenso. ¡ Cuán diferente del tiempo que tuvimos en el canal de Inglaterra, hace una semána solamente! Los paños gruesos son puestos de lado, y los vestidos de invierno sofocan. Por la noche, montados sobre el coronamento, contemplamos con interés las chispas blanquecinas que se mezclan junto al timón con la espuma de un azul claro, primeras indicaciones de esas fosforescencias que se dice encontraremos tan brillantes en los trópicos.

El señalamiento de un buque lejano es siempre un acontecimiento interesante en el mar. Hoy divisamos el *Maitland*, de Londres, un hermoso buque, aunque se balancea mucho, bregando con el viento que nos empuja tan prósperamente hacia adelante. Espero que á su llegada dará noticia de nosotros á nuestros amigos, para que sepan cómo hasta aquí todo va bien.

los espíritus á regular altura. Tenemos el placer de sentirnos llevados en volandas rápidamente, hacia el asoleado mediodía. No hay reposo, sino una presión constante hacia adelante, y cuando nos asomamos por encima las bordas, vemos las olas que, festoneadas por la espuma que levanta nuestro buque, parecen alejarse de nosotros con prodigiosa rapidez. A medio día notamos que la marcha del buque durante las últimas veinticuatro horas ha sido de 280 millas, avance espléndido para un día y casi igual al de los vapores.

⁽¹⁾ Estos grados Fahrenheit equivalen á 14,4 grados centigrados. — Nota del traductor.

El viento continúa soplando favorable, pero no tan fuerte; sin embargo, hacemos regulares progresos. El tiempo se sostiene muy hermoso. El cielo parece hacerse más claro, más azul el mar, la atmósfera más límpida y hasta las velas parecen más blancas, á medida que nos acercamos al sur. Hacia medio día de la octava jornada, después de la salida de Plymouth, estamos en la latitud de Madera, de la cual pasamos á 40 millas de distancia.

Como el viento cae y la novedad de encontrarse en un buque ya no da de sí, los pasajeros tratan de procurarse diversiones. No se puede leer siempre, y en cuanto al estudio, aunque he intentado alternativamente hacer español y francés, no puedo fijarme en ello, y empiezo á creer que la vida á bordo de un buque no es realmente á propósito para el estudio. Jugamos al tejo en la popa una buena parte del día, usando tejos de cuerda. Pero esto se hace excesivamente monótono, y empezamos á considerar si no sería posible encontrar otro pasatiempo á bordo, para hacer más agradable el paso de las horas. Tenemos algunos conciertos improvisados en uno de los camarotes de los grumetes. Los pasajeros de tercera clase nos ofrecen variados pasatiempos, entre ellos declamaciones que sacan muy bien. Un recitado trágico fué tan bien recibido, que hubo de repetirse. Y así el tiempo se desliza, mientras seguimos avanzando hacia el sur.

El noveno día estamos ya al sur de Madera. El sol aprieta tanto al medio día, que se pone un toldo sobre el puente, y la sombra que nos proporciona es muy agradable. Estamos ahora en los vientos alisios, que soplan con bastante regularidad en esta parte de nuestra travesía en la dirección del suroeste, y con los cuales podemos contar hasta que nos acerquemos al Ecuador. Al medio día de la décima jornada, veo que hemos hecho una marcha de 180 millas en las últimas veinticuatro horas, con viento constante en la misma banda. Hemos pasado la isla de Tenerife á 130 millas de distancia, demasiado lejos para verla, si bien me dicen que, de haber pasado veinte millas más cerca, probablemente hubiéramos visto el famoso pico.

Para pasar el tiempo, y como una pequeña aventura, resolví por la noche subir al palo de mesana con un compañero de viaje. Cuando deiaba el puente, fuí advertido por un grumete que habría de pagar mi noviciado para tener el derecho de subir á la alto del mesana. Llegué á conseguirlo sin tropiezo, aunque, para un aprendiz como yo, parezca bastante peligrosa la empresa á primera vista y realmente lo sea. Tuve un sentimiento de miedo ó aprensión en el preciso momento de pasar por las crucetas. El cuerpo está suspendido en el aire y terriblemente inclinado hacia atrás, y es preciso agarrarse de cualquier modo por un momento, hasta que podéis poner la rodilla sobre la cofa. La vista del navío bajo la presión de las velas, desde la cofa de mesana, tiene algo de grande, y la fosforescencia en dato

estela que dejamos, ola tras ola de respublida ranti universimo prince de la composito de la c

ciente espuma, parece más brillante que nunca.

El viento avivó de nuevo, y el día once hicimos otra hermosa marcha de 230 millas. El calor aumenta rápidamente y pronto estaremos en la región de los bonitos, de los albatros y de los peces voladores, ¡quince días solamente después de nuestra partida de Inglaterra!

Nuestro segundo domingo en el mar fué excesivamente hermoso. Hubo el oficio en el salón, como de costumbre, y al salir me encaramé en el mesana y eché una siesta de media hora en la cofa. Verdaderamente el tiempo caluroso y la vida monótona parecen muy favorables á la fantasía. Por la noche tuvimos muy hermosos himnos religiosos en la cámara de segunda elase.

A la madrugada siguiente, durante nuestro paseo por la popa, nos estremeció el grito de un marinero que estaba en el castillo de proa. Por la dirección de los ojos del capitán comprendí que la tierra vista estaba por el lado de sotavento. Sin embargo, aunque fijé los ojos en aquella dirección, no pude ver nada. Pasaron horas antes que pudiese divisarla, y aun entonces más parecía una nube que otra cosa alguna. Al fin la niebla se disipó y vi la tierra extendiéndose á lo lejos hacia el este. Era la isla de San Antonio, una de las islas de Cabo Verde.

Como nos acercábamos á tierra y se veía más distintamente, me pareció ser una gran cosa. Aunque estábamos entonces á quince millas de allí, los más altos picos, que subían hasta las nubes á una altura de algunos miles de pies, se veían tan claros y tan hermosos, que parecían sacados de las *Mil y una noches* ó de cualquier maravilloso cuento de hadas.

Dícese que la isla es famosa por sus naranjas como por sus lindas muchachas. El Mayor, que realmente es un tanto dado á la exageración, declara haber visto ¡ una interesante mujer que le hacía señas con la mano desde una roca! Con la ayuda del telescopio podíamos ver ciertamente algunas de las casas de la ribera.

Como ésta es la última tierra probablemente que veremos antes de llegar á Australia, la miramos todos con el mayor interés, y yo la acecho también en el crepúsculo hasta que se desvanece tras de una niebla azul en el horizonte.